

Abatida, tal vez desventurada,
Corriendo vas tu singular destino,
¡Porque siempre arrullando
Sobre la copa de elevado pino?
¡Ay que tu canto, triste tortolilla,
Me dice en su penar que vas amando
Sin encontrar tu amor, tierna avecilla!

Llora, cuitada, llora
Cuando en ocaso brilla
La ardiente luz que el Universo adora;
Llora en la noche triste;
Llora al nacer la aurora,
Cuando en Oriente bella
De su color de púrpura se viste.

Los astros te negaron
Su benéfico influjo, y dolorida,
Del corazón volaron
Dejándote abatida
Con lágrimas, enojos, sinsabores,
Tus alhagos, tu vida,
Tus bellas esperanzas, tus amores.
Por eso arrullas, sí; tu arrullo blando
Mil quejas presta al viento
Y amante suspirando,
Escucha el bosque tu postrer lamento.

¡Ay que en tu triste lloro
Vuelas cantando sin saber adonde,
Porque triste y sonoro,
É ingrato, el eco á tu dolor responde!

Cuitada tortolilla,
Junto á la margen bella
Del arroyuelo que jugando salta,
Murmuras tu querella,
Porque á tu dulce arrullo
Crees que le escucha, tu penar sintiendo,
El triste susurrar de su murmullo.

Le cuentas tus dolores
En tu cantar, gimiendo
A las vecinas flores,
Y solo yo tu suspirar entiendo.

Llora cuitado, llora
Al nacer de la noche y de la aurora.

Un tiempo fué dichoso
En que llena de afanes y cuidados
En tu mirada fijos,
Admirabas la imagen de tu esposo
Y el blando arrullo de tus tiernos hijos.

Tu esposo te fué infiel; y abandonada,
Cruzaste de la selva
La sombra dilatada,
Para encontrar consuelo
Mirando nuevas flores,
Fijando tu pupila en otro cielo.

Pero ¡ay! nuevos dolores
Los astros invencibles te guardaron,
Que tus hijos también, cuando mayores
Sintiendo la esperanza en sus amores

É infieles á tu amor, te abandonaron.
Y nada te quedó triste avecilla;
¡Ni lágrimas despues!! Solo abandono,
Y ese arrullar tan triste
Y de los Dioses implacable encono.
¡Ay quien te oyera tortolilla mía
La selva ensordecer con tus gemidos,
Y te viera sombría
Atravesar el llano y luego el monte,
Precedida no mas de tu quebranto;
Si lágrimas tuvieran en sus ojos,
Lloraran tanto, tanto.....
Que la tierra regaran
Con su copioso y desolado llanto.

.....
Corazones, la dicha pasajera
También yo la sentí; mis ilusiones
Fueron amores que albergué en mi calma,
Fueron los ricos dones,
Que con mágicos sonos
Retrataron los goces de mi alma.
¡Y que me queda ya, de cuantos fueron
Aquellos dulces bienes
Que en ilusoria mágica corrieron
Tras de avara alegría?.....
¡Perdieronse por siempre en lontananza!!!
¡Ay! que la suerte impía,
Mató en mi corazón tanta esperanza
Ahogando en el dolor el alma mía!

A. TERRER.

EL REBAÑO Y LOS PASTORES.

CUENTO.

Pues Señor, era un hombre que tenía
Muchas cabras, ovejas y borregos,
Siendo tanto su número, que al pobre
Faltáronle los pastos ó alimentos.
Pensó en que trashumara su rebaño
Con el fin de explotar nuevos terrenos,
Pero al mirarse anciano y achacoso
Inútil se juzgó para el objeto.
Peliagudo, en verdad, era á un estraño
Darle de los lanudos el Gobierno;
Mas rascándose un día el occipucio
Miró la luna y concibió un proyecto:
Tenía en su majada entre otros muchos
Ocho mozos de fibra y pelo en pecho,
Que en lugar de cabeza, unas, llevaban
A modo, de gruyer, piezas, de queso.
—Vosotros, dijo al fin, puesto que todos
Teneis voluminosos los cerebros,
Con el fin de explotar ignotos pastos

